

OLIPHOTH



El Hombre que Pía y Cisne Negro

Jorge R. Ogdon

José Oliver

Alfredo Álamo

José Manuel Sala

14

ÍNDICE



Editorial.....III



'El libro de cocina de los muertos',
por Alfredo Álamo.....IV



'Antepenúltima',
por José Manuel Sala..... VIII



'El joven Lovecraft',
por El Hombre que Pía y Cisne Negro.....XVI



'La muerte de Orfeo',
por José Oliver.....XVII



'La Puerta Etrusca (X)',
por Jorge R. Ogdon.....XVIII

Febrero 2005

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: santiago@eximeno.com

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Santiago Eximeno & Francisco Ruiz.

DISEÑO DE PORTADA:

Ferrán Clavero

COLABORAN:

Alfredo Álamo, Ferrán Clavero(ilustración de portada), José Manuel Sala, José Oliver, El Hombre que Pía & Cisne Negro y Jorge R. Ogdon (ilustración de relato).

EDITORIAL

Con el paso de los años, y las sucesivas apariciones de nuevos números de Qliphoth, hemos comprendido que no somos buenos escribiendo editoriales. Desde el principio intentamos que éstas fueras distintas, otorgándoles cierto aire místico que pretendíamos que, de alguna manera, dotasen a la editorial de un encanto especial, el suficiente como para obligar al lector a detenerse y prestar un mínimo de atención.

Echando la vista atrás, creo que no lo conseguimos.

Es uno de esos puntos oscuros en el ezine, algo que deberíamos corregir pero que no podemos hacerlo. Ya sea por falta de ideas o por simple desgana, las editoriales nos quedan, desde nuestro punto de vista, extrañas. Raras. Como si no sirvieran para nada, sólo para rellenar un hueco que conservamos desde el primer número. Y es que ni siquiera nos atrevemos aquí a divagar sobre temas que no atañan a Qliphoth. ¿Para qué? Ya lo hacemos en los foros, en las listas de correo, en los bares con unas cervezas...

En fin, supongo que es una cruz –véase la inclusión de un elemento mitológico casi al azar, casi sin sentido, para casar la editorial con el contenido del ezine–, y como tal nos toca llevarla a cuestas. Creo que, a partir de ahora, será más como una carta a los lectores, una comunicación más personal, algo más cercano. Quizá como un diario o algo similar.

Quizá.

Porque no sé cuántas cartas más como ésta podremos escribir. Anoche volvieron aquellas extrañas criaturas a rodear la casa, y oí sus aullidos, sus gruñidos, sus aleteos. Escarbaban en el suelo, acariciaban los cristales con sus garras.

Sé que volverán esta noche, y entonces puede que no podamos mantenerlas fuera. Pero, un momento. Oigo algo en la puerta de entrada. Es como un ruido, un lamento. Debo seguir escribiendo. Sea lo que sea, viene a por mí. Oigo sus pisadas sobre la escalera, el sonido de su respiración –terrible, agónico– acercándose. Ya está aquí. Oh, Señor, sólo espero que podamos editar un núm...

Los Editores.

El libro de cocina de los muertos

Por Alfredo Álamo

Escribo estas notas desde mi celda, en el monasterio de Santo Espíritu, antes de que los frailes vengán para llevarme ante el cadalso. Les he visto prepararlo en el patio desde el pequeño ventanuco que airea la estancia donde, por mandato de un tribunal eclesiástico al que no reconozco, me encerraron en espera de ejecución.

Pese a ser ésta la última cena que me ofrecen, dista mucho de ser sabrosa. Hogaza de pan, vino y un trozo de carne salada. El joven Ferrán, recién incorporado al monasterio, trajo los platos en un evidente estado de nervios. Que poco sabría él de muertes y ahorcamientos en los monasterios. Su bisoñez me excitaba de tal forma que le hubiese lanzado un buen bocado en la mano; lástima que el bozal de cuero que me habían apretado contra la boca sólo me dejara comer a pequeñas migajas.

Mientras degustaba lentamente aquellas viandas, el abad descorrió los cerrojos de la puerta. Era un hombre anciano al que le gustaba mostrarse severo, cuando los dos sabíamos que arrastraba pecados que no se lavarían ni con un lago de agua bendita. Se mantuvo a distancia, podía notar su inquietud y nerviosismo.

—Conde —dijo, llamándome por mi título—, disfrutad de vuestra cena, ya que mañana os reuniréis con Dios para ser juzgado.

Reí un poco detrás del bozal.

—Creo, Andréu, que me reuniré con el demonio en su propia casa. Pienso saltarme intermediarios que no pueden traerme sino aburrimiento.

Se puso rojo de la ira, me encantaba sacarlo de sus casillas.

—Pese a tus palabras —dijo, controlando su carácter—, estoy en la obligación de ofrecerte confesión. ¿Deseas liberar tu alma de los pecados que la atormentan?

— ¿Y eres tú quién va a confesarme? —le espeté— Eres tan culpable como yo, ¿Cómo ocultas tus cicatrices? ¿Cómo explicaste tu cojera? Ya no reconozco ni tu autoridad ni tu fe, a no ser que no sea esa creencia en el diablo que os atenaza cada madrugada en vuestros rezos infantiles. Tráeme papel y pluma, deja que sea yo

mi propio confesor. Que Dios todopoderoso me juzgue y me condene, pero tú no tienes nada que hacer en el proceso. Ya no.

La ira volvió a su rostro, se agarró al hábito como a un escudo y salió de la celda arrastrando inútilmente su pie izquierdo. Utilicé mi mejor carcajada para despedirlo. Aún así, más tarde, trajeron a mi celda útiles para la escritura, herramientas que utilicé en este momento para glosar mis pecados, firmar mi confesión y no arrepentirme en absoluto de mis actos.

Ante todo, que descortés por mi parte, no me he presentado. Vicente Borgia, Conde de la Vall de Bona. Dicen algunos biógrafos que mi familia es de Papas y nobles, otros que de demonios y herejes. Dejemos entonces las discrepancias a un lado, pues mi familia, de todas formas, no es el tema a tratar aquí. Baste decir que poseía unas pequeñas tierras y una buena renta, que mis padres estaban muertos y mis primos lejos. Siendo yo joven, apuesto y libre, pues libre es la natural condición del hombre, aprendí con rapidez las virtudes de la vida fácil y alegre.

Que puedo decir, pues dada mi condición de noble y señor ejercía ciertos derechos, que algunos desinformados rufianes calificaban de malos usos, sobre campesinas e hijas de mercaderes que habitaban mis dominios. Nada inusual, he de confesar, pese a que los doctores que mi padre había dejado para mi guía e instrucción clamaran al cielo y maldijeran mis costumbres disolutas. Nunca en el castillo hubo menos de diez mujeres, y ninguna de ellas quedó insatisfecha ya fuera en trato, amabilidad o caricias. Aquí afirmo, sin género de dudas, que pequé de acción, omisión y pensamiento. Atenté contra los sagrados mandamientos, lo reconozco, pero nunca con intención de ofender al Señor. ¿No eran las hijas de Dios las que a mí venían? Durante los fríos inviernos, ¿no las acogía en mi seno? ¿no las alimentaba y concedía caprichos que aumentaban su felicidad y la mía? Pues a la iglesia, madre y santa, no pareció convencerle mi discurso. Fui llamado a consultas, reprochado y

reprendido. Ni que decir tiene que prometí enmienda y que pagué varias bulas. Aún así, a mi vuelta, encontré el castillo vacío de mujeres y lleno de sombras.

Como era costumbre entre los jóvenes de mi época, caí sumido en la melancolía. Arrastraba mi figura por los pasillos de piedra y frecuentaba los jardines, languideciendo entre árboles frutales. Estaba aburrido, mortalmente aburrido. Pese a ocasionales escauceos con antiguas amantes, no lograba mantener la ilusión o la alegría en mi corazón mas que por fugaces instantes.

Una tarde, mientras frecuentaba los jardines de nuevo en busca de alguna respuesta, vi a la mujer que iba a encauzar mi vida lejos de las convenciones del resto de los hombres. Vestía ropas de campesina, sucias y ajadas por el tiempo, y su rostro, marcado por el sol, lucía una sonrisa cautivadora y maligna. Venía del río, llevaba bajo el brazo la colada recién lavada. Estaba sudorosa y sus pechos subían y bajaban a gran velocidad, debido todavía al esfuerzo de apalear la ropa. Me miró de forma socarrona y se secó el sudor de la frente con el brazo. Estaba excitado y ella seguía mirándome.

—¿Qué os pasa, mi señor? —dijo desafiante— ¿ya no os quedan fuerzas para una jovencita como yo?

Era arrogante y valiente, osada como ninguna mujer que conociera. Ni que decir tiene que la tomé allí mismo, en el jardín. Sin embargo, fui yo el que se sintió poseído y dominado por una sensación que jamás había sentido hasta el momento. Pese a mis intentos por retenerla en mis brazos, ella escapó hacia la arboleda dejando atrás la ropa y a mi deseo.

Durante semanas vagué por los alrededores del castillo, mi melancolía aumentó hasta tal punto que incluso temían por mi vida. Necesitaba a aquella mujer de nuevo a mi lado, sintiendo su corazón palpar alto y claro. No fue hasta un mes más tarde cuando volví a encontrarla; mismo sitio, misma hora, misma mirada ardiente. Yacimos allí durante horas o siglos, quién sabe de la verdadera naturaleza del tiempo.

Todavía abrazados, sobre un lecho de azahar, ella dijo entonces las palabras que cambiaron mi vida.

—Muérdeme —susurró acercando su mano a mi boca.

Ahora pienso la facilidad con la que obedecí

y si no fue aquella aparición un verdadero súcubo enviado por Satán para tentarme o mandado por Dios para probarme. De cualquier forma, mordí su mano; primero con ligereza, como un pequeño juego. Luego con ansia, con fuerza, con la rabia propia de los animales. Engullí la deliciosa carne de aquella mano rasposa y curtida, bebí su sangre con el mismo placer con el que me deleitaba en las mejores bodegas. Y ella no paraba de gemir con placer, así que, hundiéndome en el profundo deleite de la inconsciencia, me abandoné al instinto que ella marcaba.

Luego, sin dudarle, ofrecí mi brazo para que ella se saciara. Los dientes rasgando mi piel, mi alma tal vez, elevaron mi mente por encima del cielo, de las nubes. Me llevaron a las puertas del cielo donde el sol brillaba con tal fuerza que temí desmayarme. Notaba cada embestida de su mandíbula, cada movimiento de su dulce lengua; acabé por perder el sentido allí, junto a mi amada.

Desperté vestido de su vida, roja como la luna cuando sopla poniente, bajo las estrellas de un cielo lejano. La cabeza me daba vueltas, sumida en las postrimerías del frenesí más absoluto. Reparé entonces en el cuerpo al que abrazaba, mutilado y destrozado. Pero no sentí repulsa o reparo, sólo agradecimiento. Mi brazo herido ni siquiera me dolía. Caminé hasta el castillo de manera errática, saboreando los restos de aquella revelación.

Dediqué los días siguientes a meditar sobre aquella epifanía. Recordé las palabras del carpintero, "ésta es mi carne y mi sangre". Pero él era el hijo de un Dios, ¿acaso la comunión entre mortales podía ser diferente? Puede que estuviese oculta y prohibida durante siglos pero, y de eso no tenía dudas, yo había sido el elegido para resucitar aquella sagrada forma. La forma de la carne.

Arrendé mis tierras y junté un buen montón de oro. La palabra necesitaba ser divulgada por el mundo de los hombres. Crucé mis tierras visitando a antiguas damas con las que compartí el sacramento, despertando, como no podía ser de otra forma, cierto revuelo entre las familias y los sacerdotes. Descubrí entonces que la comunión era un acto demasiado real para los legos y los no creyentes. Fuera esta ceremonia de Dios o del Diablo, era necesaria cierta medida para que no desapareciera de nuevo. Entonces junté a mis hermanos de sangre.

Éramos pocos al principio, hombres y

mujeres jóvenes, que compartíamos cada noche el sacramento, mordiéndonos poco a poco en los brazos, los muslos, el pecho... marcas de amor fraterno que conducían a lujurias que cualquiera ajeno a los misterios de la carne no puede entender. Pequeños mordiscos, marcas en los costados, yo mismo doné tres de mis dedos en una eucaristía. Al principio parecíamos leprosos, envueltos en harapos, escondiendo las marcas de nuestra fe. A medida que crecíamos nos hicimos menos cuidadosos.

Atravesamos tierras de hombres, visitamos ciudades donde fuimos perseguidos, descansamos en viejos castillos abandonados. Por nuestro aspecto éramos confundidos con cátaros y otros herejes, de ahí ciertas leyendas sobre reuniones en las que niños pequeños eran devorados por sus madres. ¿Podía existir mayor amor que aquel?

Al cabo de los años nuestro número aumentó hasta tal punto que decidí volver a mis tierras. Desalojé a los arrendatarios y mi nueva familia ocupó las tierras que dejaron atrás. Crecimos. Adoptamos a nuevos creyentes y cada noche participábamos del sacramento. En fechas señaladas, uno de nosotros se abandonaba a los demás, de pie, desnudo frente a la hermandad. Que placer decían sentir al notar nuestra ansia, ¡a Dios mismo decían acariciar al sentirnos! Y en verdad que era hermoso hundir los dientes en estómagos tersos y perderse entre la suavidad de la muerte.

De vuelta al hogar, dejamos de escondernos y practicamos la palabra con entusiasmo redoblado. Quién más ofrecía, más éxtasis recibía. Perdimos manos, pies, orejas... nuestra deformidad era un canto al Señor; las infecciones, estigmas de dolor precioso y prohibido. Pronto formamos una corte de aspecto feroz, mutilada, siniestra pero extrañamente feliz y dichosa.

El oro de mi familia, a la que nunca conocí realmente, se encargó de silenciar campesinos y sirvientes. Durante un tiempo, disfruté de todos los placeres que el mundo puede otorgar. Formaba parte del vértice del éxtasis, me sentí unido a cielo e infierno a través de la sangre y los huesos.

Sin embargo, pronto llegó a oídos de la iglesia nuestra heterodoxia, nuestra herejía y, finalmente, nuestro ritual. Las voces de los obispos tronaron en sus iglesias, las cartas cruzaron países para llegar hasta el Papa. La firma del señor de San Pedro rubricó una bula de

cruzada y pronto mis vecinos, con los que de niño compartí juegos y enseñanzas, reunieron sus mesnadas.

Resistimos en el castillo de mis padres hasta el final, la última noche comulgamos con todos los niños y las mujeres. Borrachos de paz y sangre, esperamos el asalto de las tropas. Cuando ocuparon la plaza, pasaron a cuchillo a los que todavía respiraban. Menos a mí. Yo tenía que dar ejemplo, arrepentirme y dejar que el viento se llevara los ecos de mi herejía.

Resultó de aquello un juicio, pantomima de arlequines, en la que fui conminado a someterme al señor todopoderoso. Les increpé y escupí, pues ¿qué sabrían de Dios o el Diablo doctores tan alejados del sacramento? Incluso intenté comulgar con mi carne en su presencia, pero los guardias me lo impidieron. Luego me colocaron el ridículo bozal que todavía llevo.

Su justicia fue rápida, como siempre. Sería colgado del cuello hasta morir y luego mi cuerpo sería entregado a las bestias para que lo devoraran. Creían así menospreciar mis creencias. No me importó y de nuevo les negué el placer de mi arrepentimiento.

Di con mis huesos aquí, en un monasterio cercano al lugar donde nací, a la espera de que los hermanos legos construyeran la horca que me llevaría al infierno.

Ahora la luz clarea en el ventanuco, indicándome que llega el amanecer. Pronto resonaran los rezos de los frailes en maitines. No puedo culparles por mi desgracia, sin embargo, pues nunca comulgaron sino ilusiones que un grupo de viejos les inculcó desde niños. No, si nunca fueron libres, ¿qué consciencia podrían alcanzar? No más allá de la de un perro a quien su amo guía.

Dejo constancia entonces de mi historia, de mis pecados y del secreto de la carne. Que no se olvide nunca la libertad y el amor, que se comparta siempre la sangre. Así como compartimos nuestras vidas con los hermanos, su sangre fue nuestra y nuestra su carne joven. El Señor está en nuestro interior, nada hay más hermoso que divulgar Su Carne. ¿Acaso no es el Verbo hecho Carne la esencia de la divinidad?

Cuando estire el cáñamo mi cuello y se nuble la visión, cuando el destino decida llevarse mi último aliento, sé que ella vendrá a buscarme.

Como aquella tarde en los jardines de casa,

me abrazará. Susurrará los secretos del hombre,
de Dios y del Diablo. Me acompañará hasta que
exhale mi último aliento y se derrame mi semilla.

Y, luego, me devorará.

Antepenúltima

Por José Manuel Sala

A Elena y Cris

Las calles eran furia y ruido, miedo y caos. La noche se iluminaba momentáneamente por los destellos ambarinos que caían del cielo, por el fuego que inundaba las casas reclamándolas solamente para él. Los tejados de las casas se desprendían de uno en uno, simulando un infernal espejo de piezas de dominó. Mujeres surgían de las llamas portando en sus brazos sus hijos calcinados. Jóvenes desnudos buscaban aturridos sus ojos entre las cenizas de su hogar, carbonizando sus manos ciegas al tacto de las brasas y el fuego aún presente en las ruinas.

La ciudad había caído.

El extranjero, sin embargo, continuaba inmóvil ante los hechos, su silueta camuflada ante la inmensa hilera de piedra que correspondía con el nombre del Muro de los Lamentos. A pesar del calor que emanan la carne incinerada y la muerte que rodeaba los restos del templo la piedra del muro continuaba fría, gélida al tacto como si un extraño hechizo cubriera una aureola aislándolo del terror que se producía en el lugar. La sombra alzó la cabeza. Una máscara de hierro cubría su rostro, pero a pesar de ello lo veía todo. Las estrellas apagándose en el firmamento, los cadáveres amontonándose junto a las esquinas, la oscuridad adueñándose del mundo. Todo. Su mano palpó tranquila la gélida piedra cuando oyó un grito que se perdió en la lejanía. Tras aquello, un silbido proveniente del cielo nocturno llamó su atención. Su cuello cubierto de vendas se inclinó aún más, el rostro férrico escudriñó las estrellas. Había estado esperando el momento desde que había llegado a aquella parte de la ciudad. Y ahora, tras una espera rodeada de muerte y destrucción definitiva, por fin los veía.

Los veía. El destello jalde había aumentado en los últimos instantes y ahora descendía a la plaza frente al muro a toda velocidad. Las paredes de las casas que aún se conservaban se vieron iluminados por aquel centelleo proveniente de las estrellas, el extranjero no se movió cuándo contempló cómo en aquellas mismas paredes las

sombras crecían y crecían alargándose ante la luz celestial, librándose de los tabiques y cobrando forma sólida, viva. El visitante contempló tras la máscara cómo las siluetas brillaban como el betún negruzco una vez logrado su nacimiento, cómo la inmensa sombra a la que pertenecían se deslizaba por las calles destruidas bañándolas de lobreguez. Maldijo en voz baja. La parte judía de la ciudad acababa de perecer en el reino de las tinieblas, el misha había despertado de su letargo más vivo que nunca. Las peores previsiones de la Cofradía habían sido ciertas.

Tenía que darse prisa.

La estrella del cielo retomó el vuelo tras el aterrizaje y puso rumbo al cielo salpicado de destellos de plata. Mientras ascendía de su impoluto interior luminoso continuaban cayendo manchas oscuras que rebotaban en el suelo de ceniza y barro, cuerpos oscuros que se fundían en la nocturnidad. El extranjero se mantuvo oculto en la sombra del muro hasta que la estrella se reunió con sus hermanas en el negro vacío, una vez entonces respiró con tranquilidad, tragó saliva. Regresó la completa lobreguez y comenzó a andar hacia el norte de la ciudad. Nadie oyó sus pisadas durante su camino perpendicular al muro de los lamentos. En ocasiones escuchaba gritos de auxilio rogando ayuda o una muerte rápida. A veces se detenía sólo para escuchar las carcajadas sarcásticas de los verdugos antes de acabar con la víctima. Era entonces cuando el visitante se preguntaba cómo había podido empezar todo tan rápido, la destrucción final, el caos. Se preguntaba si no llegaba tarde al encargo que le había sido encomendado por los hermanos mayores.

La carne humana de la ciudad había sido aniquilada, en aquellos instantes se estaban consumiendo sus últimos minutos de gloria. Y aunque en algún que otro momento se detenía y pensaba en seguir las súplicas de ayuda, recordaba las palabras del cofrade Andrés, las palabras susurradas al oído el día antes de partir:

—Ya no hay tiempo para la humanidad, Zikel. Este es su final.

Cuando llegó a la entrada del túnel apartó los

escombros y entró por ella.

Dentro todo estaba a oscuras, aunque momentáneamente los fulgores cada vez más apagados de las casas ardiendo se filtraban por rincones esquivos y remotos. Un hedor insoportable se acumulaba en el interior al mismo tiempo que el pasadizo que traspasaba el muro se estrechaba más y más. Tras atravesar las primeras cámaras el extranjero tuvo dificultad para continuar cuando el techo encogió y tuvo que sujetar con fuerzas las prendas que cubrían su cuerpo, las vendas que se resbalan por su piel dejando entrever una traslúcida piel. Nadie sabe a qué fuerzas hubiera llamado la atención si se hubiera desprovisto de un disfraz nada más llegar a la ciudad. Probablemente hubiera sido descubierto, hubiera supuesto su condenación, pero la de alguien más. La de ella. Ella, pensó. El motivo por el que la Cofradía le había hecho viajar hasta allí.

Cuando llegó al final Vía Dolorosa le pareció triste y desolada, sobrenatural por los charcos de sangre que cubrían las puertas de las casas, marcas religiosas que no habían impedido a los invasores cruzarlas y arrasas en su interior. El visitante comenzó a contar con el dedo índice los portales, mientras comprobaba apesadumbrado cómo algunas puertas de los umbrales chirriaban por el paso del viento, forzadas, descubiertas. Volvió a preguntarse si quizás no habría llegado tarde cuando vislumbró el número siete de la calle desierta.

Y bajo la oxidada cifra una puerta manchada permanecía entreabierta.

Empujó lo que le quedaba y atisbó en el interior un pasillo bañado en sombras. Su silueta se fundió con las demás nada más comenzar a avanzar por el interior de la morada, percibió que no se oía nada salvo los gritos ahogados de otras calles, de otras casas. El tejado permanecía intacto, no había ni señal de enfrentamientos, ni de lucha. Tras atravesar el corredor en el más pausado de los silencios llegó a un salón donde una mesa se hallaba patas arriba, cristales rotos esparcidos por toda la alfombra.

Movió la cabeza un lado para otro, intentando encontrar una respuesta. De repente, percibió un gemido entrecortado siguiendo el pasillo tras de la sala.

Fue para allá.

Una ventana abierta iluminaba pobremente

una nueva habitación, quizás la última de la casa. Un dormitorio donde dos criaturas se hallaban pegadas la una a la otra, encima de la cama, inmóviles. Sus siluetas se confundían con las demás sombras y los pliegues de las sábanas.

El extranjero respiró nuevamente con dificultad a través de su máscara, apartó con su brazo la criatura que se hallaba encima. El cuerpo del hombre cayó como una losa sobre el suelo de la madera que crujió como si mil astillas se hubieran partido a la misma vez. El visitante lo examinó con curiosidad. Tenía los pantalones bajados y un rictus de dolor en el rostro, que dedujo de la herida abierta en el vientre que manaba sangre con hermosa felicidad. Estaba muerto. Desvió la mirada del cadáver y observó a la hembra. Ésta se hallaba desnuda, su camisa parecía haber sido desabrochada con violencia, botones bañados en carmesí oscuro yacían deshilados por toda la colcha. Sábanas manchadas cubrían su entrepierna, allí donde la silueta sobre la cama engordaba y se perfilaba extraordinariamente gigantesca. Las sombras tornaban aquel bulto como una extraña anomalía envuelta en tinieblas, contempló cómo en aquella zona las sábanas parecían moverse hacia arriba y hacia abajo, respirando, despacio...

El extranjero volvió a mirar hacia la mujer. Sus manos se le mostraban juntas sobre su vientre, aferradas en un solo puño en el cual sujetaba un cuchillo erguido, por cuyo filo desfilaba una hilera de gotas. Cuando acercó su rostro sintió cómo surgían de aquellos labios semicerrados los ahogados sonidos de una muerte próxima. Sus muslos temblaron levemente cuando el extranjero se sentó en la cama junto a ella, de nuevo sintió cómo el bulto tras las sábanas oscilaba con pausada levedad.

—¿María?

El susurro metálico y frío hizo que la mujer abriera sus párpados simultáneamente, a la vez, con la misma dificultad. Tenía unos ojos verdes preciosos; sin embargo, pensó el visitante, aquel esmeralda parecía haber perdido algo de intensidad. De color.

La mujer asintió tardíamente con la cabeza. Sus ojos parpadearon una, dos veces. El visitante consideró aquel gesto como la mayor de las aprobaciones.

Su mano izquierda agarró las sábanas ensangrentadas, de un tirón las lanzó hacia el cadáver que comenzaba a pudrirse en el suelo de

madera y lobreguez. Escuchó a la mujer gemir.

El extranjero observó al pequeño ser lleno de saña, bañado de sangre y del líquido de la placenta. Contempló el cordón umbilical, cómo se hallaba partido, mordido por unos dientes, separada de su madre.

Nada más apartar el único manto de calor que le cubría el bebé comenzó a sollozar débilmente. La mujer bajó las manos sujetando con firmeza el cuchillo, desde su vientre hasta cubrir con sus brazos el cuerpo de su hija. Miró a los ojos del visitante con rabia. Dolor.

Éste suspiró.

—No queda tiempo para ti, madre de la Anhem-elim antepenúltima —susurró tras la máscara de hierro, recordando con resignación las palabras del cofrade mayor—. Tiempo, tiempo...

Las cuerdas vocales le molestaban cada vez más. Tosió. Aquel aliento metálico pareció intranquilizar aún más a la mujer, el extranjero observó cómo la mano que sostenía (y protegía) a su hija comenzó a temblar. El filo del cuchillo centelleó una chispa metálica.

El visitante carraspeó la voz. Volvió a toser.

—La materia oscura que cubre el universo ha escapado de las redes de la Cofradía del Agua, madre de la antepenúltima —continuó el extranjero—. El misha ha envenenado el Agua Sagrada, desde el confín del cosmos la criatura de Lubeck se acerca. El nacimiento de tu hija fue profetizado en la orilla de la Fuente. Su rostro también se reflejó junto a los otros doce en el agua del Estigia.

La mujer palideció aún más. La mano izquierda que sostenía el arma se acercaba peligrosamente al cuello de la criatura, mientras ésta parecía dormir con los ojos abiertos, ajena a la conversación.

—Debo de llevarme a tu hija, madre de la Antepenúltima —susurró el visitante al fin—. A pesar del poder que guarda, no está segura en este mundo. Por su bien, debo hacerlo.

Su figura se encogió y sus manos cubiertas de trapos se acercaron en silencio hacia la figura encogida de la niña.

La mujer lanzó un chillido de rabia. Su mano izquierda se desenvolvió del cuerpo de la criatura, lanzó una estocada desesperada hacia las manos que impasibles se aproximaban. El visitante observó tras la máscara de hierro cómo la hoja ensangrentada del cuchillo volvió a brillar, cómo

volvía a surgir un impávido destello en la habitación en tinieblas.

La mujer gritó. El extranjero observó a aquel cuerpo humano sollozar de rabia, tratando de resistirse, de resistirse a él. Contempló mechones de su cabello en la almohada, arrancados con violencia. Escuchó a la niña llorar, bajo sus muslos desnudos. La habitación pareció oscurecer.

El visitante desvió la mirada a la mujer, observó cómo caían por sus pómulos lágrimas de rabia y amor...

Volvió su cabeza para mirarla.

La mujer liberó una de sus manos y clavó el arma en su mano derecha.

El filo brilló una vez más. Los ojos de la mujer pudieron observar atónitos cómo el arma atravesó la mano, cómo cayeron al suelo varios trozos de vendas.

El visitante dejó de sujetarla, retrocedió hasta el otro extremo de la habitación. La niña, en efecto, había comenzado a llorar, pero se trataban de sollozos agudos y cortos, gemidos lastimeros y tardíos.

El extranjero tembló. Aturdido, se apoyó en la pared. Desde allí vio cómo la madre alcanzaba a la criatura, cómo la abrazaban sus brazos. La mujer trataba de calmar el llanto de la recién nacida, pero sus ojos se hallaban fijos en él, en su mano herida. En los delicados fulgores resplandecientes que surgían de entre los resquicios de las vendas cortadas.

“Ya no hay tiempo para la humanidad”, recordó el visitante, maldiciéndola.

Dejó de apoyarse. Comenzó a deshacer las vendas.

Para cuando la mujer percibió el enorme foco de luz los vendajes que cubrían la mano derecha del visitante yacían esparcidos en el suelo, descubriendo un brazo traslúcido que emanaba un néveo brillo semejante al sol. Una estrella.

La mujer lo miró en un acto involuntario, sus retinas se cegaron al instante. Aún ciega apartó la mirada y cubrió nuevamente con sus brazos a su hija. No fue demasiado rápida, ni aunque lo hubiera sido, le hubiera servido de nada. Sintió cómo le ardía la piel, cómo su carne comenzaba a deshacerse. A unos metros de la cama el cadáver del hombre se desintegraba en motas de polvo que se esparcían por toda la estancia. La mujer tan sólo pudo gritar, pedir ayuda. Abrazar a su hija.

Un segundo después toda su carne humana se

deshizo en un millar de cenizas.

Las pisadas del extranjero se detuvieron nada más llegar a la cama. Alzó el brazo, el techo se iluminó de una añil aureola. Lenguas de luz lamían el codo y el puño, ondas alargadas y uniformes nadaban mezclándose en una superficie lumínica.

De repente un golpe de viento entró por la ventana. Las láminas líquidas del brazo temblaron como ondas sobre el agua.

El visitante levantó la cabeza, tras la máscara pudo oler el olor a fuego y brasas. No se oía nada en la habitación, pero más allá podía percibir cualquier cosa. En esta ocasión tan sólo alcanzó a oír el lejano chispeo de las llamas que parecía comenzar a acercarse a aquella parte de la ciudad, expandiéndose por la ciudad hacía horas tomada. El visitante maldijo para sus adentros.

Había llamado la atención. Ya venían.

Apartó la mirada de la ventana, se fijó en ella. Su cuerpo se hallaba en medio de un inmenso cúmulo de cenizas aún humeantes, los restos desintegrados de su progenitora. Pero a la recién nacida no parecía haberle afectado su muerte. Sus ojos pequeños y tranquilos tan sólo contemplaban el luminoso brazo que iluminaba toda la estancia. Su expresión era extrañamente seria, distante. Emanaban luz propia. No era normal.

Sus pupilas entonces le miraron a él fijamente, un poderoso y vivo verde esmeralda se clavó en sus ojos. Cálidos.

El extranjero consideró aquel gesto como la mayor de las aprobaciones.

La sujetó con fuerza y la colocó entre sus brazos. Su cuerpo aún estaba lleno de la mugre del parto, líquidos viscosos cubrían su piel rosada. El visitante la limpió delicadamente con las prendas sueltas que colgaban de su brazo izquierdo, a la vez que atravesaban la puerta de la habitación. Las ondas lumínicas que latían por su miembro vislumbraron el pasillo que daba al salón. El visitante lo recorrió con rapidez. Al llegar a la sala tuvo cuidado de no pisar los cristales esparcidos por el suelo. Sus pies bailaron alrededor de la mesa derrumbada hasta llegar al otro extremo de la habitación.

El visitante suspiró aliviado cuando alcanzó el corredor que daba a la entrada. La niña continuó sin musitar sonido alguno, acurrucada entre las vendas suelas. De repente, las llamas que

lamían su mano se apagaron, se desvanecieron tras un golpe de brisa. La lumínica piel que lo cubría se transformó en una superficie grisácea, sólida.

Todo quedó a oscuras. Regresó la oscuridad. Paralizado, alzó la cabeza.

Una silueta oscura e inclinada les esperaba en la entrada.

La máscara de hierro tembló ligeramente. La única luz ahora eran los halos de la noche, los débiles destellos color fuego provenientes del exterior que enmarcaban la figura de un hombre encorvado, inmóvil como una sombra. La puerta estaba abierta. Fue entonces cuando el extranjero creyó ver algunos más.

Amontonándose tras la puerta.

La niña comenzó a llorar. El visitante susurró en voz baja palabras tranquilizadoras. Volvió tras sus pasos, cruzó la sala destrozada y agarró seguro el cuerpo que sostenía. Sus piernas tropezaron en la oscuridad con la mesa, sus pies pisaron los trozos de cristal produciendo débiles chasquidos. Cuando llegó al otro extremo del salón, miró atrás.

Una muchedumbre se acumulaba en la calle. Algunas de las sombras se movían. Rodeaban la casa con inusitada rapidez.

Los sollozos de la niña se hicieron más fuertes. El visitante maldijo en voz baja. Nada más llegar al dormitorio cerró la puerta.

El chirrido del pomo al bloquearlo fue seguido por el sonido de pies desnudos arrastrándose por el salón, por los quejidos de los cristales incrustándose en las plantas de aquellas extremidades que se acercaban, frías, gélidas.

Muertas.

El extranjero se echó hacia atrás. Dejó a la niña en la cama, giró bruscamente para cerrar la ventana. El movimiento de su capa hizo que se esparcieran las cenizas de la madre sobre el suelo de madera. La frente de la recién nacida se llenó muy pronto de motas de polvo oscuro y gris que caían imparable, oscureciendo su piel rosada, tierna. Nada más llegaron a su diminuta nariz comenzó a estornudar. Su pequeño cuerpo tembló, aún cubierto de prendas. Sollozó más alto.

El extranjero volvió hacia ella. La acurrucó entre sus brazos, la agarró con firmeza.

—No tengas miedo, Antepenúltima —le dijo suavemente en la oscuridad, aún sabiendo que no le entendería.

Aquellos ojos verdes y cálidos buscaron unos semejantes tras aquella máscara. No los había.

Las llamadas tras la puerta hicieron que el extranjero se diera la vuelta.

Eran toques cortos, llamadas de cortesía. Caricias benevolentes y amables sobre la madera. Invitaban a que les dejaran cruzar el umbral.

El extranjero se arrodilló, examinó el resquicio bajo la puerta. Sombras furtivas se movían en la sala, inquietas. Halos de lejanas llamas vislumbraban figuras de hombres correteando por el techo del salón, siluetas chocando con la lámpara que colgaba del techo. El extranjero pudo oír cómo titilaba el vidrio que la formaba, escuchó el sonido resbaladizo de pisadas, acercándose. Murmullos provenientes de la penumbra.

El extranjero se concentró. Pronto se impacientarían.

Pequeñas llamas y ondas comenzaron a resurgir de su extremidad. El brazo descubierto iluminó débilmente el cuarto en el que estaban, una luz tenue, aunque suficiente para servirle de linterna. Lo alzó y lo bajó iluminando todos los rincones posibles de la habitación. Las lenguas de luz mostraron los recovecos hacía un instante hundidos en la penumbra. Buscando, parpadeantes.

Los golpes tras la puerta se repitieron. Insistentes.

La niña seguía llorando. Su cabeza se tambaleó ligeramente del hombro que la sostenía. El visitante la incorporó levemente del antebrazo. Tranquila, tranquila, le susurró. Tiene que haber una salida. Tiene que haberla.

Los golpes se repitieron, esta vez más fuertes. Perdían paciencia.

Su mano oculta comenzó a palpar la madera. Cuando llegó a la cama tanteó nervioso la almohada y las sábanas, levantando aún más una polvareda de cenizas. Las llamas se repitieron, furiosas. El visitante escuchó el ruido de la lámpara al caer al suelo y hacerse añicos. El murmullo tras la puerta comenzó a aumentar.

De repente, como si de hubiera revelación se tratara inclinó la cabeza. Su máscara de hierro examinó el hueco bajo la cama.

La portezuela de una trampilla. Que parecía haber estado siempre ahí, esperándolos.

El visitante colocó la cama de barricada ante la puerta. Los siguientes golpes crecieron al oír el chirrido que produjo el arrastrarla. Éstos continuaron convirtiéndose en una retahíla de

llamadas frenéticas, en una llamada constante de decenas de manos. El pomo comenzó a desencajarse, temblaba como un niño, nervioso. Al extranjero no le importó.

Arrodillado introdujo la mitad de su brazo en la puerta de la trampilla. La lobreguez de la abertura se disipó levemente, mostrando unas escaleras. Tras el quinto peldaño, todo oscurecía. La máscara de hierro miró a la niña que sostenía en brazos. Ésta lo miró también.

El visitante cerró la portezuela nada más meterse. Echó el pestillo y comenzaron a bajar en silencio los peldaños cubiertos de polvo y arena.

La recién nacida estornudó un par de veces al comienzo del viaje por la oscuridad. El extranjero había hecho menguar las llamas de su brazo y la luz de su piel, tan sólo vislumbrando, escalón por escalón. Simple precaución. Aún así escuchaba el enorme murmullo que acababa de producirse en el piso de arriba. Sonidos lastimeros que recorrían la habitación, pies que arrastraban a los propios cuerpos, que a cada pisada derramaban motas de polvo y cenizas.

Éstas se filtraban tras los resquicios de los tablones cayendo en sus cabezas. Cuando la niña iba a lanzar su tercer estornudo el visitante le tapó su boca. Ante aquello no lloró ni tembló. Tan sólo permaneció, quieta, inmóvil. Si el visitante hubiera podido sonreír lo hubiera hecho.

Cada pisada en aquella bajada eran mil astillas crujiendo a cada escalón.

Y descendían.

Poco a poco comenzaron a apagarse los ruidos de arriba, se hicieron más lejanos e imprecisos. El confuso murmullo que empezaba a apagarse tuvo como efecto el último escalón de madera, seguido por un suelo de fina arenisca que evidenciaba el final del trayecto. El extranjero alzó débilmente el brazo. Destellos y sombras por igual le mostraron un sótano vacío, más grande que la habitación.

Las paredes estaban formadas por una madera corroída que apestaba a cerrado y antigüedad. Liberó la boca de la niña y siguió caminando por la estancia, por el centro de ella y no en los laterales donde se acumulaban bolsas de arena, pequeñas dunas fruto de una obra sin terminar.

Hacía frío.

El visitante cruzó el sótano hasta llegar a la pared donde el camino se acababa, descubriéndole un lugar cerrado, oscuro. El destello de su brazo mostraba siluetas extrañas, distorsionadas. La

madera emanaba putrefacción y miseria. No hay salida, susurró el extranjero. Maldijo en voz baja

Su rostro oculto miró el de la recién nacida. Ésta le miró, y sus ojos verdes se clavaron en la carcasa de hierro. La niña seguía buscando unos semejantes. Seguía sin encontrarlos.

Por ahora estamos a salvo, Antepenúltima, le susurró el extranjero. Es un lugar cerrado. No pueden entrar.

La niña abrió enormemente los ojos. El verde esmeralda que emanaban sus cuencas apuntaron más allá de la máscara, más allá del hombro del extranjero. Tras él.

Éste tardó en comprender. Las llamas de su brazo temblaron. Cuando sintió el frío que comenzaba a acercarse a su espalda cayó en la cuenta. La recién nacida volvió a gemir. La acunó con fuerza entre sus brazos, se alejó de la pared.

El frío, sin embargo, no se apartó de ellos.

No mires atrás, le susurró el extranjero. Obligó a su cabecita a hundirla en su pecho. No mires atrás, repitió, mirando a su alrededor. Las llamaradas de su brazo comenzaban a debilitarse.

El misha se filtraba por los resquicios de la madera carcomida que cubría las paredes del sótano. Una fina cascada oscura se derramaba por el techo, por los huecos entre tablón y tablón. La líquida y viscosa oscuridad que caía goteando al suelo, a la arena. Material de creación.

Escuchó a la niña sollozar.

No les mires, Antepenúltima, volvió a susurrarle. Aceleró el paso. Podía escuchar el goteo en todas partes. Tenían que salir de ahí. Levantó la cabeza, quedaban tres metros para llegar a la escalera. Uno de ellos pasó frente a ellos, dos, tres... Qué rápidos, que rápidos, maldijo enfurecido. Entreoyó murmullos tras sus espaldas. Volvió a acelerar el paso. Las lenguas de luz de su brazo titilaron, comenzaron a apagarse.

De repente el extranjero se detuvo, a dos metros de la salida. El destello que recorría su extremidad solamente daba para iluminar parpadeante su figura, y nada más. Eran una isla centelleante hundida en la oscuridad.

Agudizó el oído. Sólo se escuchaba el flujo del misha como el delgado hilo del grifo que incesante no paraba de manar por todo el sótano. Y murmullos, sonidos lastimeros que extirpaban concentración, tranquilidad.

A pesar de todo, el extranjero podía ver tras aquellas tinieblas. Buscó en aquella lobreguez la

escalera. Cuando la encontró, tembló ligeramente.

Allí también, los monstruos le esperaban.

Inmóviles.

La recién nacida tosió. Gimoteó y trató de afanarse en las ropas del extranjero. Éste cubrió su cuerpo rosado con su mano cubierta. Trató de susurrarle algunas palabras tranquilizadoras pero las cuerdas vocales le molestaban demasiado. Apenas podía balbucear.

De todas formas, la niña no le miró. Yacía acurrucada del revés. Sus ojos verdes le daban la espalda.

El extranjero carraspeó la voz. Los murmullos a su alrededor crecieron. Alzó su brazo, sólo un par de llamas nadaban por la superficie oscura de su piel. Éstas temblaron ante aquel movimiento. Su brazo también.

—¡Visharee-elim! —masculló, dirigiéndose a la oscuridad— ¡Visharee!

Pequeñas lenguas de luz añil comenzaron a resurgir de su brazo. Pocas.

—¡Visharee! ¡Visharee!

La pequeña parte del techo que les cubría se iluminó. Justo cuando iba a continuar la invocación una sombra cruzó correteando frente a él.

La brisa que llevaba apagó gran parte de las llamas. El extranjero escuchó pies arrastrándose hacia él. De repente sintió algo tocándole los pies. Frío.

Bajó el brazo, iluminó el suelo. Un líquido oscuro comenzaba a deslizarse por toda la superficie de arena. Pequeños ríos que interconectaban unos con otros hasta formar un lóbrego charco que rodeaba las plantas de sus pies, que crecía sin límites hasta donde la pobre luz podía alcanzar.

El sonido del goteo creció anteponiéndose al ruido de las pisadas que se acercaban despacio, pacientes hacia su posición.

No, pensó enardecido el extranjero, mientras escuchaba el murmullo acercándose más y más. No, Señora de la Sagrada Agua, no me abandones ahora. He cumplido mi misión. Tienes que protegerme ahora que el frío del confín acecha.

El líquido oscuro le llegaba hasta los talones. Y seguía.

—¿María? ¿María? —susurró en un gemido metálico, llamando a la niña.

Ésta se volvió entre sus brazos, sus ojos se quedaron clavados en la máscara. El murmullo se encontraba cerca.

María, reflejo del Estigia. Antepenúltima. Su carne oculta la clave del Agua, el símbolo de la resurrección de la vida. ¿Puedes acaso despertar el secreto que guardan tus venas?

Los ojos de la recién nacida volvieron a clavarse en él. Eran ojos cálidos, radiantes. Buscaban unos semejantes.

Sus pequeñas manos se levantaron. El extranjero agachó la cabeza. Sus menudas manos agarraron aquellos bordes de hierro, tiró para sí.

Se oyó un chapoteo al caer la máscara al suelo cubierto de misha. Hasta las rodillas.

Zikel abrió los ojos.

Se hallaba frente a la Fuente Sagrada. Al igual que él, estaba muerta.

Sus pilares de marfil se hallaban hundidos en el pequeño lago de donde sobresalía. El agua se había vuelto negra, oscura. Pequeñas olas relamían la arena de la pequeña playa. Por lo demás, estaba muerta, infectada. Extinta.

Los árboles que la rodeaban también morían. Algunos ya habían caído, sus raíces sobresalían en la superficie mientras que otras aún mantenían sus copas altas, pero sin ninguna hoja. El suave viento de la mañana los empujaba a mecerse, inertes. Sin vida.

Zikel se miró a sí mismo. Las alas que sobresalían de su espalda yacían dobladas, manchadas de tierra mojada, quizás por la lluvia, quizás por la caída. Eso daba igual.

Ya no brillaban.

Miró sus manos y sus brazos, su tronco y sus piernas. Su piel traslúcida se había transformado en una piel dura y tensa, oscura. Como la tierra en la que había caído. Oscura, interfecta. Su brillo se había perdido como las hojas y la belleza del agua.

¡El Agua!, recordó Zikel. ¿Qué había ocurrido con el Agua?

Se levantó con dificultad. Cada pisada era un sufrimiento, cada movimiento un dolor. Trató de alcanzar el Agua, la Ferdén-Elím, la Fuente por la cual los ángeles manan. ¡El agua, el agua!

Tras la quinta zancada tropezó, cayó al suelo. Emitió un chasquido de dolor y desesperanza. Su cuerpo se hundió en la arena seca, inútil de la pequeña playa. ¡El agua, el agua!, volvió a gritar, testarudo.

Y fue entonces cuando miró hacia arriba. El cielo estaba teñido de nubes, pero no eran de

lluvia. Los destellos de plata que cubrían los resquicios de cielo se apagaban lentamente en la plenitud de la tarde, extinguiendo su fulgor para siempre en la absoluta nada. En ese instante Zikel comprendió, pese a su desgracia.

Todo se había perdido. Todo.

Aún no, le susurró una voz en su interior.

¡Visharee-elim, Visharee!

¡Levántate, levanta!

Los monstruos cargaban.

Cuando abrió los ojos sintió la punzada del misha intentando penetrar sus párpados. El sótano entero estaba cubierto de oscuridad, su cuerpo se hallaba sumergido en el inmenso líquido que comenzaba a desquebrajar los tablones de madera. El extranjero pudo oír cómo los partía y cómo crujían mil astillas a la vez.

Intentó moverse, pero la oscuridad le mantenía preso, quieto. Escuchó muy cerca los siseos agónicos de sus perseguidores, zambulléndose en el agua sucia. Trató de respirar.

La densa oscuridad líquida vibró en su interior.

Los monstruos cargaban.

En aquel momento cayó en la cuenta que sus ropas y vendajes habían desaparecido.

Sintió la presencia de la recién nacida entre sus brazos. El níveo brillo surgió tan deprisa que cuando quiso darse cuenta el cuerpo de la niña brillaba en aquel mar oscuro radiante como un sol. Las sombras se apartaron con repentina rapidez.

Entre el cegador fulgor de la pequeña estrella el extranjero, el visitante, Zikel nacido en la Fuente Sagrada, creyó ver unos ojos esmeraldas que lo miraban, poderosos, cálidos. Transmitiendo luz propia.

Su carne dura y oscura comenzó a contagiarse del pequeño astro lumínico, lenguas vibrantes lumínicas empezaron a lamer sus extremidades inertes convirtiéndolas en traslúcidos miembros. Comenzó a respirar. El brillo de la niña duró sólo un instante, se apagó en un momento. No le hizo más falta.

Las alas ocultas en la espalda del ángel se desplegaron enseguida. El luminoso cuerpo las batió una, dos veces. El misha se recogió en las esquinas, el líquido comenzó a correr por las paredes intentando alcanzar los rincones del sótano, alejarse con inusitada prisa. Olas de fango viscoso arrastrándose fuera del alcance de la luz eterna.

Inmóviles, los monstruos se consumían en un

millón de cenizas.

Zikel estiró los brazos, encogió las piernas. Miró a la niña. A pesar de que ya no desprendía brillo alguno la piel de la recién nacida conservaba un delicado brillo que recorría su frente rosada. Zikel sonrió. La sujetó con firmeza. Abrió las alas.

El cuerpo lumínico se lanzó disparado hacia el techo por el que se abrió paso a través de una tormenta de astillas. Atravesaron los límites del sótano, el visitante trató de recuperar el resuello cuando sintió que habían llegado al piso del dormitorio.

Allí, los monstruos les esperaban.

Manos ensangrentadas y muertas se abalanzaron sobre el agujero creado en el suelo tras su paso arrollador. Hacia ella.

El extranjero resopló, aguardó en la oscuridad del túnel creado, en la intersección de los dos niveles. Escuchó bajo él el mishá, hundiendo de nuevo el sótano, reagrupándose. Escuchó el goteo tras sus pies. Notó cómo la niña se agarraba a él con temor.

Encogió las piernas. Nada más salir del umbral del agujero las sombras se apartaron. Cenizas incontables comenzaron a esparcirse desordenadas por toda la habitación. La luz blanquecina iluminó el dormitorio una vez más. Su cuerpo luminoso chocó con el nuevo techo. Demasiado duro. Zikel golpeó con fuerza los cimientos del tejado, se abrió paso a través de los puños. Notó cómo siluetas correteaban por el techo desde el salón hacia él. Maldijo en voz alta. Al cabo de un segundo decenas de tejas caían sobre su cara, vislumbró las primeras estrellas. Algo frío palpó sus pies, algo gélido y oscuro lamó sus piernas. Escapó con dificultad.

El cegador destello salió lanzado hacia el cielo oscuro de la guerra.

Aleteó sus alas un par de veces más hasta que creyó sentirse seguro. La brisa del viento no le calmó hasta que se dejó sentirla. Fue entonces cuando miró atrás, al suelo de la ciudad pasto de las llamas. Cuando notó que la niña también quería ver el mundo que abandonaba, la obligó a mirar al cielo. No se lo permitió.

La casa que la había visto nacer era una masa deforme de oscuridad ciega, un bulto en el manto de oscuridad que cubría aquella zona de la ciudad por la que vagaban sombras de hombres que ya no lo eran. La capa líquida de lóbreguez se perdía en

la vista. Olas enteras del viscoso fluido que avanzaban por las calles apagando los incendios, zambulléndolos en las tinieblas.

El ángel ascendió unos metros más hasta que creyó estar a salvo, lejos de su vista, lejos de los agónicos lamentos que alcanzaban a oírse aún a cientos de metros por encima. Cuando creyó estar a una altura segura, la niña comenzó a llorar. Zikel no comprendió a qué se debía hasta que se percató que había bajado la cabeza.

Por debajo de ellos el Muro de los Lamentos se derribaba al paso de la oscuridad que inundaba la superficie del planeta. Las piedras que lo formaban caían en trozos grandes y gigantescos que rodaban por la plaza desierta. A pesar de la distancia Zikel pudo observar los papeles quemados de las oraciones perdiéndose para siempre en las ruinas. En la masa de oscuridad ciega.

Aún cuando hubieron dejado atrás los restos del Muro, la recién nacida aún lloraba. Zikel la agarró con fuerza, le transmitió algo del calor de su luz, de su luz propia. Sonrió, esperanzado, mirando el firmamento plagado de estrellas.

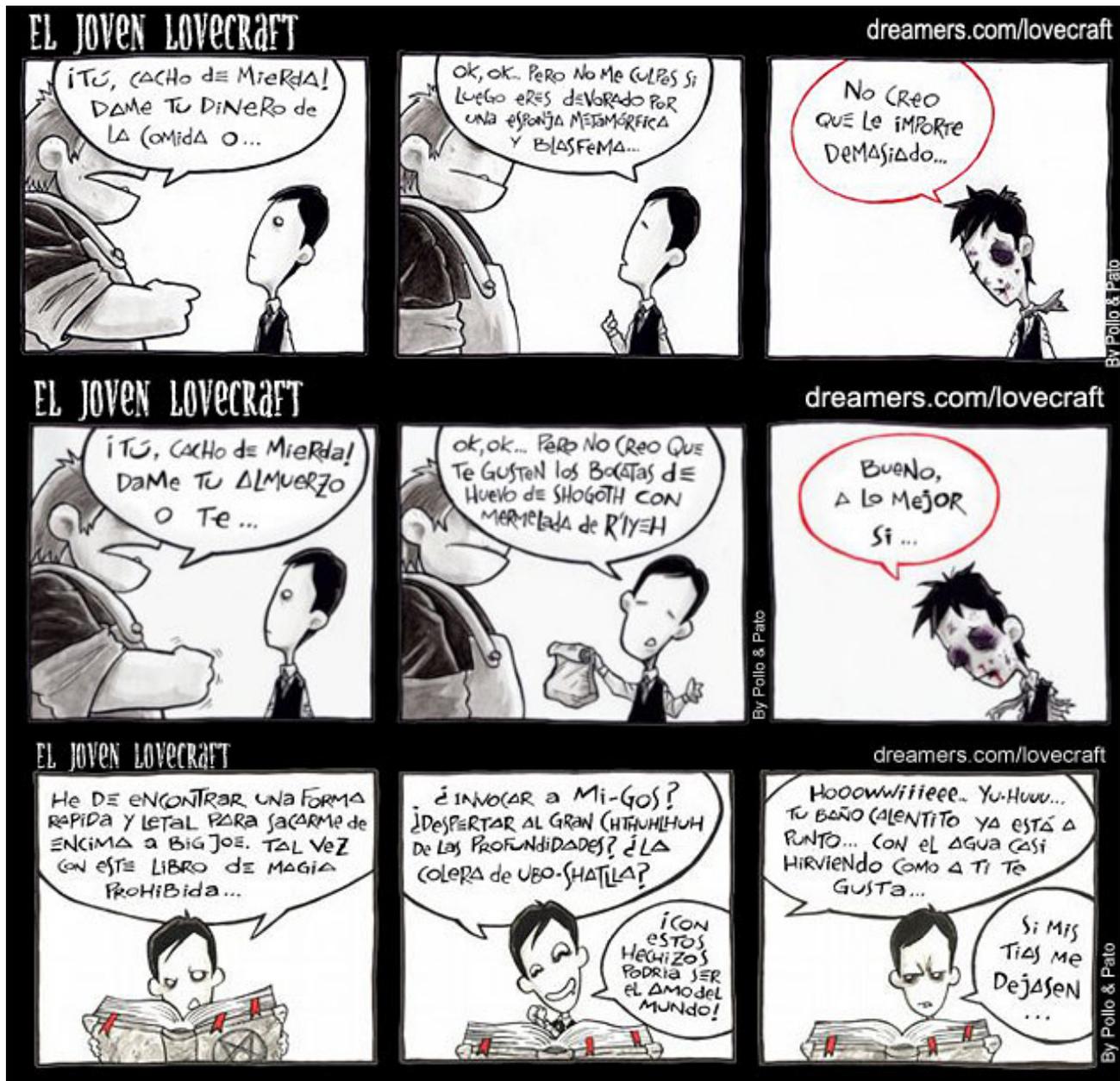
“La Antepenúltima niña llora”, pensó el ángel. “Llora por el ocaso de la humanidad, por la destrucción de su mundo. Pero no temáis, Niña de la Fuente, duodécimo reflejo sobre el agua del Estigia. No temáis. ¿Acaso este Muro no cayó a lo largo de vuestra historia varias veces? ¿Acaso no volvieron a erigirse sus cimientos? Por vuestras venas circula la llama del Fuego Eterno, el secreto de la vida. Mientras éste se conserve la humanidad continuará viva, intacta. Ahora tan sólo permanece oculta. Pero algún día, resurgirá de entre las cenizas.”

Pensó todo esto, desoyendo las palabras del cofrade mayor, que se repetían constantemente en su cabeza. Finalmente, no dijo nada en voz alta. Sus cuerdas vocales ya no servían. De modo que acunó a la recién nacida acomodando su cabeza en su brazo, tapándola con el otro a modo de manta. Tomó aire. Y ascendió por encima de las nubes, mientras bajo ellos los incendios que iluminaban la superficie se iban apagando con rapidez.

Dejando atrás un mundo de tinieblas.

El Joven Lovecraft

Por El Hombre que Pía & Cisne Negro



El Joven Lovecraft continuará en Qliphoth, y también podrás leerlo en <http://dreamers.com/lovecraft>

La Muerte de Orfeo

Por José Oliver

Hay muchas imágenes de este motivo.

Pero lo que nos conmueve del cuadro de Lévy

no es la violencia de las Bacantes,

ni las alimañas que muerden a Orfeo,

sino el negro abismo de desesperanza

en el que se sumergen sus ojos,

y en los que casi podemos ver

el último cabello de Eurídice

antes de perderse entre la niebla.

La Puerta Etrusca (X)

Por Jorge R. Ogdon

51.

*Et Flufluns veteres,
et vos tum regna fuistis
et vestro posita est aurea sella foro.
Nunc intra muros pastoris buccina lenti
cantat,
et un vestris ossibus arva metunt:
Quae reliquiae?, quod vestigium?*

Propertius
(*tempus* Augusto) *

“Oh, antiguo Flufluns,
tú también fuiste antaño un reino,
un trono de oro se erguía en tu plaza.
Ahora, resuena dentro de tus muros
el cuerno del pastor y se corta
la cosecha entre tus muertos:
¿Dónde están tus vestigios?
¿Qué huellas quedan?”

Cuando volvió en sí, Julio se encontró entre medio de un círculo de rostros que lo miraban atemorizados y sorprendidos. El primero que reconoció, y por lo cual pegó un respingo que le sacudió todo el cuerpo, fue el de Valentina, quien le observaba con atención mientras decía a viva voz:

—¡Pronto, pronto... el *Signore Conde* se ha despertado!

—¡Haced espacio, zopencos! ¿No veis que necesita aire? —oyó que decía con fuerza el doctor Duval, mientras esgrimía en su mano derecha una jeringa con un líquido verdoso claro en su interior y se aprestaba a inyectarlo con ella.

—¡No, salgan todos! ¡Fuera de aquí! — alcanzó a exclamar Julio.

—¿Véis? ¡No está bien el *Signore Conde*! — dijo Duval con voz perentoria— ¡A ver, Angela, pronto, tráeme una vasija de agua fresca! —volvió a decir Duval, apresurando a la joven, al tiempo que inyectaba la jeringa en el brazo izquierdo de Julio.

—¿Qué hace, loco? —le espetó el joven con fiereza, a la vez que sacudía violentamente su miembro— ¡Déjeme en paz, doctor! ¿Qué diablos es esto? ¡¿Dónde estoy?!

—Tranquilo, *Signore Conde*, tranquilo, por favor. Enseguida se sentirá mejor. Pero, ¿qué le ha pasado, *Signore Conde*? —dijo Duval con voz tranquilizadora y palmeándole el hombro.

Julio miró alrededor suyo y se vio apoyado contra la pared de la cocina de la señora Delia que tenía, a un lado, la chimenea chisporroteante, arrojando una calidez reconfortante, y, por el otro, la punta de una larga mesa de madera oscura, alrededor de la cual se encontraban varias personas, entre ellas Valentina, Angela y la propia señora Delia con rostros preocupados y desconcertados. Entre ellas reconoció a la misteriosa morocha que había visto junto con las dos últimas realizando el mágico y extraño ritual que recordaba como si estuviera grabado a fuego en su memoria.

—¿Quién eres tú?... Tú, jovencita —le dijo Julio con voz perentoria a la muchacha morocha, mirándola fijamente con la mirada desorbitada—. No te conozco.

—Oh... soy Sabina, una de las hijas de Vespertino, *Signore Conde*. Yo... - alcanzó a balbucear la joven con una voz dulce.

—¿Quién?!... ¿Una hija de Vespertino? — dijo Julio, tartamudeando en voz baja y recordando al pastor loco, con sus furiosos ojos de fuego mirándole desde la escalera— ¿Y qué estabas haciendo con Angela y la señora Delia?

—¿Con Angela y la señora?... Nada, *Signore Conde*, nada... —dijo la muchacha titubeando.

—¿Nada? Eso dices tú. Las vi a las tres cantando extraños cánticos y tomando un candelabro y... —comenzó a decir Julio, callando abruptamente y observándola en forma enojada.

—No... no es así, *Signore Conde*... Nosotras... —siguió balbuceando la joven, como tratando de explicarse y justificarse.

—¡No me digas que no a lo que he visto con mis propios ojos, niña atrevida! —exclamó Julio

abruptamente, con un tono de voz que no admitía réplica alguna - ¡Pero ya no importa! Ahora, ¡Idos todos! ¡Todos! ¡Ya mismo, fuera!

Ante semejante exabrupto, los presentes ciñeron el ceño y se apresuraron en salir, uno detrás del otro, del recinto, excepto Vípero, que permaneció incólume junto a la chimenea, y la señora Delia que, con el rostro compungido volvió su cara sobre una renegrida olla para empezar a revolverla con lentitud.

—¡Vípero! —exclamó Julio al verlo—. Hace rato que no te veía. ¿Qué esperas para retirarte tú también?

—Disculpe, *Signore Conde*, pero tiene que venir conmigo inmediatamente. Algo se ha presentado que requiere de su inmediata atención —contestó el sirviente sin mosquearse.

—¿Cómo? Pero, ¿qué es?

—Venga conmigo, *Signore Conde*, es imperioso que lo vea.

Julio se levantó esforzadamente de su asiento y siguió a Vípero, quien se había adelantado por la vetusta escalera de piedra.

52.

Julio siguió a Vípero hasta el exterior de la residencia, hasta la galería sobre el lado izquierdo de la misma, en donde nunca había estado antes. Era igual que las que ya conocía, pero carecía de escalinatas y estaba rodeada de una baranda de hierro forjado negro que daba a un extenso terreno llano, cubierto de pastizales ahora primorosamente cortados y con arbustos recortados de curiosas formas, geométricas, animales y otras que no supo a ciencia cierta qué pretendían representar.

Unas guirnalda de colores chillones pendían cada tanto de la barandilla, y unos banderines dorados flameaban bajo la suave brisa que predominaba en el ambiente. Julio observó extrañado el paisaje ante sus ojos. Vípero, notando el rostro ceñudo de su amo, se apresuró a decir:

—¿Y, *Signore Conde*? ¿Le agradan los arreglos?

—Pues... no tengo objeciones, Vípero —le respondió Julio con voz neutra.

—¿Vio? Sabía que le gustaría. Todo está dispuesto para su gusto.

—No entiendo, Vípero. ¿A qué te refieres?

—Bueno... ¿No sabe usted que Salvia se casa esta noche? —inquirió Vípero algo desconcertado.

—No, no lo sabía... Y menos que se festejaría en mi casa. —le contestó Julio, algo contrariado.

—¡Oh!... No le han dicho nada. ¡Qué desconsiderados, *Signore Conde*!... Bueno, le explico entonces. Es una antigua costumbre de la familia Scarlatti. Cada vez que contrae matrimonio alguien que trabaja aquí, se le festejan sus nupcias en la casa, *Signore Conde*.

¿Y quién es Salvia? No la conozco en lo absoluto. Recién me ha sido presentada la señorita Sabina. — fue toda la respuesta que se le ocurrió a Julio.

—Es la otra hija del viejo Vespertino. — agregó Vípero, sin inmutarse por ese detalle.

—¿Otra hija? ¿Tiene dos?

—En efecto, *Signore Conde*.

—Pues... cada día aprendo algo nuevo sobre este lugar —comentó Julio, con voz algo desabrida.

—...

—Está bien, Vípero. Así que aquí será el festejo de casamiento, ¿no?

—En efecto, *Signore Conde*.

—Y... no me lo digas, será al estilo etrusco, me imagino.

—En efecto, *Signore Conde*. Es parte de la tradición.

—Ajá, ya me voy poniendo en onda.

—¿Perdón?

—Nada, nada, Vípero. Dime cómo será.

—Oh, será a lo grande, *Signore Conde*: habrá muchos invitados, los trabajadores, las chicas, en fin, vendrán de todas partes...

—¿De todas partes?

—Sí, habrá gente del pueblo. Supongo que eso no le molestará, ¿o sí?

—No, para nada.

—Bien, me alegra oír eso. Vendrá el doctor Duval, el alcalde Mautino, el comisario Riggamonti y otros ilustres personajes, *Signore Conde*. Todo un acontecimiento, como se dice.

—Ya veo, Vípero. ¿Y qué más?

—Habrá mucho vino, del bueno, y mesas con comida y entremeses. Y la ceremonia, por supuesto, a cargo del reverendo Genovese...

—¿Quién?

—El cura del pueblo, *Signore Conde*.

—¿El casamiento será acá y no en la iglesia?

—En efecto, *Signore Conde*, como siempre lo

han sido.

—Está bien, si tú lo dices.

—Oh, no, *Signore Conde*, todo debe contar con su aprobación y, en especial, la boda con su bendición, *Signore Conde*. Eso, especialmente, si no, no se podrá llevar a cabo.

—No veo por qué habría de oponerme a ella, si los novios se aman, para mí es suficiente.

—Claro que sí, *Signore Conde*, no esperaba otra cosa de usted.

—Bueno, ahora que lo sabes, puedes comunicárselo a quien sea que deba saberlo, ¿no te parece?

—Sí, *Signore Conde*, lo haré ya mismo, con su permiso. A propósito, creo que debería ver a Angela, ella le dirá cuál será su atuendo para la noche.

—Bien, bien, gracias, *Vípero*.

Girando sobre sus talones, *Vípero* ingresó a la mansión y se dirigió a donde fuera que tenía que ir para avisar sobre la aprobación de la boda, en tanto, Julio permaneció un rato mirando flamear los banderines dorados y brillar las guirnaldas multicolores. “Vaya momento que me toca vivir. ¿Una boda? ¿Y etrusca? Esto es digno de verse, Julito”, se dijo a sí mismo, mientras esbozaba una sonrisa en sus labios y se volvía hacia la puerta que conducía al interior de la casa. Tenía que ver a Angela, ¿no se lo había indicado *Vípero*? Quizá fuera una buena oportunidad para declararle su amor por ella. Porque estaba seguro ya que la amaba y no pensaba seguir esperando: quería poseerla cuanto antes en su abrazo amoroso. Esa noche sería el momento oportuno, ¿qué otro sería mejor para confesarle su amor que una noche de bodas?

53.

Con la decisión tomada en su mente, Julio encaró hacia la biblioteca de nuevo. Estaba convencido que el secreto de la Villa Scalatti se encontraba en alguno de los manuscritos del conde Bruno, aunque también debía estarlo tras la puerta sellada del “Túmulo Grande A”... Pero llegando a la puerta de su dormitorio, la abrió abruptamente y se metió en el cuarto. No sabía bien porqué, pero algo iba a presentársele, algo que secretamente estaba esperando que ocurriera, aunque no se lo confesara abiertamente a sí mismo.

En efecto, no bien se acostó por un momento para descansar, la puerta de su pieza se abrió de nuevo, dándole paso a Valentina, quien se acercó sin decir palabra a donde él se encontraba. Julio se irguió apenas en el lecho que ya Valentina se había quitado sus vestimentas, dejándolas caer con naturalidad al piso, y se había sentado a su lado tomando su mano derecha y poniéndola sobre uno de sus núbiles senos; Julio quedó boquiabierto e iba a emitir una queja en voz alta, cuando la que habló fue ella, diciéndole:

—Oh, *Giulio*, eres el más hermoso de los hombres y yo te amo locamente, no puedo evitarlo.

—Pero...

—No, no digas nada... sólo poséeme, como un demonio a un ángel, mi amor.

—Pero, tú...

—No, no, calla, *Giulio*, calla y tómame como quien soy, soy para ti... Sólo tuya, por siempre, mi amor...

Y uniendo el dicho al hecho, se tumbó encima de él, tomando en sus manos su miembro viril y masajeándolo furiosamente. Julio estaba sorprendido y asustado al mismo tiempo, pensando frenético dentro de sí cómo detendría a esta delirante niña, cuando sintió que ella metía su herramienta dentro de su vagina y comenzaba una desafortunada cabalgata que no podía, ni quería, frenar en absoluto; de pronto, se vio enroscado por la joven y su actividad, con el mismo deseo irrefrenable que ella demostraba.

Valentina gemía y susurraba con voz exaltada:

—No te detengas, vida mía, no te detengas... ¡fóllame, mi cielo!

—Aaaahh... eso hago, niña, eso hago...

—Así, dame así, más, más... ¡Oh, eres divino!

—¡Sí, mi angelita, sí!

—Oooh... ¡ooohhh, mi alma, mi rey!

Ambos zarandeaban y bamboleaban sus flexibles cuerpos desnudos y jóvenes sin ningún tapujo, revolcándose de un lado al otro de la cama, cuyo colchón debía soportar semejante traqueteo, entre medio de ruidos de maderas. Como un rayo, a Julio le vino Angela a la mente: “¿Qué estoy haciendo? Oh, estoy loco, ¡Loco!”, se dijo en un momento, para olvidarlo por completo al segundo, bajo los imparables embates de la muchacha, que le sonreía feliz.

En un instante, las miradas de ambos se cruzaron y se detuvieron fijamente, el uno en el otro: los ojos verdosos de Valentina brillaban con un extraño y extático fulgor, denotando su firme determinación de tener sexo con él; los ojos oscuros de Julio también enseñaron la misma, firme decisión, y ambos luego continuaron activamente con lo que estaban haciendo, hasta que, casi al mismo tiempo, los dos gritaron:

—¡Aaahh... me corro, me corro, mi amor!

Y en un momento de exaltación total y absoluta, los dos jóvenes estrecharon violentamente sus espasmódicos cuerpos, para luego distenderse totalmente, una sobre el otro, quedando estrechados en un largo y profundo beso. Julio fue el primero en reaccionar, diciendo:

—Pero, ¡tú no eres virgen, Valentina!

—¿Quién lo dijo, mi alma?

—Es que... por tu edad...

—¡Ja, ja, ja! ¿Me crees una nenita, todavía?

—No me esperaba esto, Valentina.

—Pero yo sí, en cualquier momento, desde que te vi, *Giulio*, mi cielo.

—...

—Siempre supe que serías mío, desde un principio, pese al trabajo que esa *strega* de mi hermana...

—¿Qué tienes que decir de Angela?

—Nada. Que si la quieres tener, hazlo, por mí...

—¡Vale! Pero, ¿qué dices?

—Sé que te gusta, así que si la quieres, tenla.

Pero recuerda que me has besado primero a mí.

Y diciendo eso, Valentina empezó a juntar su ropa del piso y a ponérsela. Julio estaba como atontado, sin saber bien qué decir. Había tenido sexo con una jovencita que no amaba, pero lo había disfrutado, eso, no podía negarlo: Valentina era una experta mujercita, en realidad, y lo había satisfecho como la mejor. Pero, ¿y su amor inconfeso por Angela? ¿Y su idea de rechazar a Valentina si ésta trataba algo con él? Al tacho, todo al tacho por un instante de placer. “¡Y vaya momento de gozo!”, se dijo a sí mismo, rascándose la cabeza.

Valentina terminó de vestirse y le espetó, antes de darse vuelta y marcharse tan oronda:

—Recuérdame esta noche, en la boda estaré vestida primorosamente para ti, para que lo hagamos nuevamente, ¿entendiste, *Giulio*, mi amor?

Julio sólo atinó a mover afirmativamente la cabeza, todavía aturdido por lo sucedido. Y temiendo que no podría rechazar a Valentina cuando volviera por lo prometido.

“¡Oh, Dios mío! ¿Qué estupidez he hecho?”, alcanzó a pensar mientras su cabeza, tomada en sus manos, caía sobre la almohada, en tanto Valentina cerraba la puerta de la habitación con una extraña y sardónica risa que manifestaba todo su triunfo.

54.

El sol estaba poniéndose en el horizonte, entre un cielo azulado, violáceo, dorado y malva, despidiendo sus tibios rayos en una fría atmósfera que no parecía de verano. Una suave brisa hacía mover la brizna que rodeaba el parque que se alzaba alrededor de la mansión y que Julio alcanzaba a percibir desde una de las ventanas de la biblioteca, mientras bebía con lentitud su copa de coñac. Miraba sin ver, ante sus ojos, perdidos en lontananza, el paisaje que se recortaba sobre el vidrio de la ventana. Sobre el escritorio descansaban los papeles y los libros, esperando ser leídos y abiertos, pero su mente discurría por otros canales e ideas. Pensaba sobre lo sucedido hacía apenas unos minutos en su cuarto; algo increíble, algo que estaba fuera de sus cálculos y deseos: tener sexo con una adolescente, con una niña apenas. Y estar en manos de ella era lo que más le aterraba y sorprendía.

—Y acabaste dentro de ella ¡so idiota! — dijo en voz alta, como hablándose con claridad meridiana.

Sabía que Valentina explotaría ese hecho hasta el fin de sus días, ¡haber hecho el amor con el conde y estar, sin duda alguna, embarazada! ¡Sí, estar embarazada de él! No, no podía negarlo: había impregnado con su semen a una niña; ¿qué diría ahora a Angela? ¿Qué la amaba? ¿Qué deseaba estar con ella más que nada en el mundo? No, ya no podría hacerlo, como tenía pensado antes del siniestro episodio. ¿Y si Valentina se aprovechaba de él, como bien podría hacerlo? Entonces, ¿qué?

Julio se removía inquietamente, yendo de la ventana al escritorio, devanándose los sesos ante la ingrata perspectiva, cuando de pronto golpearon a la puerta.

—Adelante —dijo con voz apagada.

—Permiso, *Signore Conde*, soy Angela —sonó una voz tintineante.

—Ah, sí, pasa. Vípero me dijo que te viera por el asunto de la boda —respondió Julio con voz neutra. Quería parecer lo menos intranquilo posible.

—Sí, *Signore Conde*. Lo que usted mande —contestó ella con cara de inocente.

—Ven aquí, Angela —le dijo, mirándola atentamente.

—Sí, *Signore Conde*.

—Dime, ¿te gusto? —le preguntó sin miramientos y mirándola fijamente a los ojos.

¿Eh? Pero, *Signore Conde*, eso no es correcto preguntarlo así —respondió sorprendida Angela e intentó esbozar una sonrisa.

En ese instante, Julio la tomó fuertemente del brazo y la atrajo hacia sí con un movimiento brusco; al tenerla pegada a su pecho, la besó salvajemente. La muchacha primero pareció resistirse, pero le dejó hacer, y, luego, le siguió el juego pegándose como una lampalagua a su presa. Permanecieron así por un buen rato, lengua contra lengua, buscándose apasionadamente, hasta que al fin se separaron y quedaron abrazados con firmeza. Después, Angela se apartó de Julio y le dijo con una sonrisa divertida:

—Esperaba esto hace rato, Julio. ¿Por qué tardaste tanto en ponerte en evidencia, mi amor?

—Quería estar seguro de ti —le respondió Julio con sencillez.

—Yo estoy atraída hacia ti hace tiempo, Julio.

—Ya lo sé. Y ahora estoy seguro de mis sentimientos y de los tuyos también, Angela.

—Oh, mi dulce...

—Pero hay algo que debo confesarte antes que empecemos con nada —le dijo, mirando hacia otro lado.

—Dime, mi amor.

—He tenido relaciones con Valentina —admitió Julio sin tapujo alguno.

—¡Oh! ¿Cómo dices? —se sorprendió Angela, apartándose todavía más de Julio.

—Lo que oyes, Angela, estuve en la cama con la niña, hace unos minutos atrás.

—No puede ser verdad, Julio.

—Sí, lo es. Y también que puede haber quedado embarazada, no lo sé por seguro. ¿Entiendes?

—Pero, ¿por qué lo has hecho?

—No lo sé. Me tenté... o mejor dicho... no lo sé, no lo sé, ¡vaya idiota!

—Julio, no sé qué decirte, pero a mí, no vuelvas a tocarme.

—Oh, mi amor, no me digas eso. Di que me perdonas, no sé, pero no te alejes de mí.

—Sí, debo hacerlo. Más si ella está embarazada. ¡La muy perra terminó saliéndose con la suya, maldición!

—Bueno, no hagamos de esto algo que no sabemos todavía si se ha hecho, Angela. Averígualo y veremos que hacer entonces.

—¿Cómo? No puedo hacer eso. Mi hermanita y yo estamos en guerra declarada. No, no puedo.

—Ven aquí, Angela —le dijo Julio, atrayéndola de nuevo hacia sí y estampándole un beso sobre sus labios, unos labios que, esta vez, se cerraron por completo ante su avance.

—No seas tonta, Angela.

—No puedo, no puedo... déjame, déjame ir —dijo Angela, separándose bruscamente de su lado y corriendo hacia la puerta, la cual abrió y, sin decir nada más, salió huyendo corredor abajo.

—¡Maldición! —alcanzó a decir Julio, mirando con abandono como ella desaparecía escaleras abajo.

Enfurecido, sólo pudo pegar un sonoro portazo.

55.

La bengala trepó hasta lo alto del cielo y estalló, abriéndose como una estrella más del firmamento, con una luz dorada y verde brillante. Debajo, un sinfín de enmascarados y mascaritas aclamaron grande y sonoramente el evento; aplausos y gritos histéricos de alegría invadieron el ambiente.

Y, a pesar de ello, la mayoría de las caretas eran grises y de rostro adusto. Entre ellas, Julio, con la cara cubierta por una máscara de madera pintada en blanco y negro, no se encontraba muy contento, aún cuando todo era felicidad a su alrededor. ¡Hasta los novios llevaban puestos otros rostros que no eran los suyos!

En efecto, Salvia y Rigoberto tenían las caras cubiertas con sendas máscaras grises y blancas, burdamente talladas y pintarrajeadas por vaya a saberse quién del mísero pueblito de donde era originario el último; no más de una docena de enclenques viviendas campesinas que estaban

erigidas en un rincón remoto y perdido de... ¡las tierras Scarlatti! No figuraba en ningún mapa y ni nombre tenía. Rigoberto era el carpintero de la paupérrima villa, pero eso no importaba. Era bueno en su trabajo. Julio lo sabía en su fuero íntimo, y también se puso contento con el hecho, pero no lo suficiente como para sacarse de encima sus preocupaciones: Angela y... Valentina.

Percibió a esta última ni bien llegó al predio. Iba disfrazada de pavo real, blanco y con retazos de telas empedradas, tintineando como una campanita; lanzando una suerte de aullidos muy penetrantes con los cuales buscaba imitar el canto del ave, apenas lográndolo. Movía una especie de corto pico parlante cada vez que lo hacía, y causó una gran impresión en el público presente, que no cesaba de festejarle su ocurrencia. Que era el centro de atención de todos, le resultó innegable a Julio, que desde un principio se mantuvo distante y alejado de ella. Por su parte, la niña no le prestó ninguna atención, contrariamente a lo que esperaba.

estaba esperándolo en su cuarto, no había sabido reaccionar apropiadamente a la convocatoria. ¿Una boda de disfraz? ¿Estaban todos locos? Era la primera vez en su vida que escuchaba semejante despropósito. Al allegarse a sus aposentos y encontrar la vestimenta y la careta ligera, se puso a reír en voz alta y descontroladamente. Y ni qué decir cuando, una vez entrajado con ese atuendo, se miró al espejo de oscuro marco. Se vio a sí mismo como un Arlequín de montaña y muy gracioso le pareció que le sentaba el sombrero de fieltro negro y alas anchas junto con la máscara, blanca y negra como las alas de un palomo. Luego, haciéndose una pantomima de reverencia nobiliaria, bajó raudamente las escaleras y su aparición en la galería marcó el inicio de la rocambolesca festividad.

Le fueron presentados el alcalde, Don Mautino, un viejo panzón y simpático, muy preocupado por los más mínimos detalles del casamiento, que lucía un ridículo sombrero



Al llegar, buscó con la vista a Angela, pero no alcanzó a divisarla por ninguna parte. Su disfraz debía ser muy bueno para no detectarla o bien no había venido a la carnavalesca fiesta de bodas.

Cuando Vípero le anunció que su disfraz

puntiagudo y llevaba su rostro pintado de gris y blanco, que le presentó a su menos rolliza esposa, Doña Lucía, que vestía de acuerdo a su nombre una ropa reluciente roja y amarilla. Ambos juntos parecían salidos de una comedia italiana. Por su parte, el Comisario Riggamonti era otro personaje

de comedia bufa: estaba vestido como la Muerte, larga túnica negra y máscara de calavera, que le iba muy bien con su flaco cuerpo y esqueléticas manos. Revoleaba, en una de ellas, una larga y afilada guadaña con la que perseguía atrapar a cuanta damisela se le cruzaba en el camino.

En una ocasión, Julio se cruzó con el párroco, Don Gentiliano, que por todo disfraz llevaba una careta de cerdo y un sombrerito plano de paja, quien, sonriente, se presentó a sí mismo como la persona más indispensable del festejo. Saludó a Julio muy circunspecto y lo abandonó con la misma parquedad, para ocupar su sitio en el altar improvisado, una tarima de madera y palmas que se había dispuesto al final de una senda de tierra pisada, que había sido barrida con una desplumada escoba abandonada a un lado del mismo sin ningún cuidado. Sobre la tarima, se había desplegado una polvorienta alfombrita púrpura: “para simular la sacristía”, había dicho el cura. De hecho, la iglesia que cuidaba y atendía no era más que una casucha vieja y derruida en el centro de aquel pueblito perdido de montaña.

Los ojos de Julio miraban con fascinación todo ese entorno cuando comenzó la ceremonia con una procesión increíble y surrealista, en medio de bengalas que volaban y petardos que explotaban a su alrededor, de modo tal que, en más de una ocasión, se sintió perdido. Las risas le llegaban flotando en la atmósfera fresca y, por un momento, le pareció estar presenciando una verdadera boda etrusca, ya que empezaron a sonar sonos de flautas dobles y redobles de graves tambores que golpeaba una suerte de orquesta improvisada, armada por los campesinos y los peones.

Unos niños y unas niñas llevaban la larga cola blanca del vestido de la novia, en tanto ésta avanzaba con parsimonia cogida del brazo de su futuro esposo, que vestía un traje a rayas, vetusto y descosido en su botamanga. Las máscaras lucían tensas y adustas, por lo que no pudo saber si sus rostros denotaban la alegría que, supuestamente, debía embargarlos; se diría que marchaban en una procesión fúnebre y no casamentera. En torno a ellos se aglomeraba la multitud, bullanguera como una comparsa, en tanto Julio, algo retirado y en posición favorable, la recorría de abajo arriba, viendo si podía encontrar a Angela, a quien no veía en ninguna parte.

De pronto, por sobre el alborozo

generalizado, escuchó el grito despavorido de una mujer, sostenido como si una soprano estuviera cantando alguna olvidada ópera. Todas las cabezas giraron hacia el lugar de donde provenía el grito, pero Julio no llegó a ver cuál era el sitio mismo de semejante y tan espeluznante acontecimiento, ya que la muchedumbre parecía moverse en todas direcciones.

Finalmente, alcanzó a divisar un nutrido grupo de gente que se dirigía hacia la parte trasera de la tarima, empujándose la una a la otra, sin concierto ni orden ninguno. Allí se dirigió presuroso, atropellando a quien se le ponía por delante, fuera hombre, mujer o niño, sin pensar, hasta que, finalmente, alcanzó la primera fila del semicírculo en donde lo primero que vio fue la tétrica figura de la Muerte embozada de negro y con el rostro cadavérico de madera blanca que tomaba en una mano un inexistente pulso del brazo de una yaciente figura sobre el suelo.

Julio hizo un esfuerzo y estiró su cabeza, echando atrás a los últimos curiosos, y se quedó petrificado. En el piso de musgo y barro contempló el cuerpo exánime de... ¡Valentina! Sus faldas estaban rasgadas y arrancadas, tiradas al tuntún a un lado de ella, su máscara de pavo real arrancada y arrojada lejos de sí, su rostro era una mueca de horror y denotaba su muerte en toda su crudeza.

Pero lo peor era que, de la entrepierna, salían sus entrañas para verse desparramadas alrededor, junto a grandes charcos de sangre. “¡Dios mío! ¿Quién ha hecho esto?”, fue lo primero que pensó. Luego, divisó entre la multitud al doctor Duval disfrazado de gallo, y se dirigió prestamente a su lado, estaba confundido y azorado por completo.

—¡Doctor, doctor! —le llamó.

—¡Ah... *Signore Conde!* —chilló el doctor cuando le vio.

—¿Qué ha sucedido?!

—No sé, recién me avisan de esto.

—Pero...

—¡Córrase, *Signore Conde*, debo verla!

—Sí... claro, claro.

El doctor Duval se arrodilló junto al destrozado cuerpo de la niña y comenzó a revisarlo detenidamente, en tanto dirigía sus preguntas al comisario. Tomándola por la cintura, la volteó, y, separando los restos de su pollera blanca, introdujo sus dedos bajo ella, poniéndose a escarbar en el interior. Luego, le retiró algo del

vientre. Julio escuchó que decía:

—¡Maldición! ¡Ha vuelto! ¡El mal ha vuelto!

Julio le miró intrigado, preguntándose qué habría querido implicar con sus extrañas palabras. ¿Quién había regresado? ¿Para qué? ¿Para matar a Valentina? ¿Era conocido en la región su asesino? Y él, ¿qué iba a hacer ahora? La jovencita estaba bien muerta y su matador le había arrancado las entrañas. Perturbado, Julio atinó a mirar y notar que alrededor del cadáver había un extraño líquido de color azulado, gelatinoso y viscoso. Se agachó y tomó un poco del mismo, y lo hizo girar entre sus dedos. “Y esto, ¿qué diablos es esto?”, se dijo mentalmente, para luego dirigirse al doctor de nuevo:

—Doctor, ¿qué es este líquido azul?

Duval lo miró con ojos desorbitados, y contestó:

—No sé, *Signore Conde*, no lo sé, ni quiero saberlo.

—Pero debe tener que ver con la muerte de Valentina.

—No lo sé, en verdad. Ciertamente, es muy extraño.

Mientras así hablaba, le tocó el hombro al comisario y con los ojos señaló el sitio por donde se encontraba desparramado el líquido, que Julio ya había notado olía terriblemente, olor a putrefacción, a despojos. El comisario alcanzó a mover su cabeza de un lado al otro y mirar significativamente a Duval. Julio lo notó, pero no dijo nada. Estaba entretenido mirando el cadáver y sus esparcidas entrañas. Lo último que alcanzó a ver y recordar fue el cuerpo despatarrado y vaciado, para después desvanecerse y caer al piso cuan largo era.

(continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.eximeno.com>

© 2005 Santiago Eximeno & Francisco Ruiz